CARTA DE AMOR

Fotos DANIEL SCHÄFER
Texto Iker Oroz

En Lisboa, un caparazón ochentero con un jardín esconde la historia entre los diseñadores Daniela Franceschini y Alexandre Neimann, su pasión por el *vintage* y la valentía al mezclar.

En el salón, alfombra de Josep Maynou, butaca inglesa del XIX, mesa de centro años 40 y pufs setenteros de *Maison Jansen*. En la otra página, vista del exterior de la casa desde el jardín.

De nuevo en el salón, mesilla de cuernos de Mozambique, taburete *Vitruvio* de *Quiet Studios*, mesa trípode de Jose Canudo y *lounge chair* francesa del XIX. A la dcha., edición de los 60 de la famosa butaca *Red Blue* de Rietveld. Sobre la chimenea, escultura antropomorfa africana de los años 60 y, colgando de la pared, relieve portugués de los 40. A la dcha., en el nicho, escultura de Sergio Roger y tras la butaca de Rietveld, obra orientalista de principios del XX.

En la pared tras el sofá, tríptico de Alexandre Mignot en papel negro y dos obras de Clement Verger. En la pared dcha., obra cubista de los 30 y máscara neoclásica griega de los años 60.

En el jardín se convierte en un espacio íntimo con sillas de hierro de los 50, mesa de centro de *Barroquda Edition* y cama de hierro forjado en Alentejo, Portugal.

Sillas de Tobia Scarpa de los 60 y mesa de pino de Jacques Adnet. Sobre ella, candelabro de *Audo Copenhagen*, jarra de los 50 comprada en Berlin, candelabro de hierro fundido y bol cerámico comprado en México.

«La casa es orgánica, sin ninguna inspiración en particular. La redecoramos constantemente». Alexandre Neimann

En la pared, pintura de la escuela cuzqueña del siglo XIX y, colgando del techo, lámpara de hierro vidriado portuguesa de principios del XX. Sobre la mesa, florero de hierro con asas de los años 40.

La cocina de obra es original, y aunque la pareja pensó en tirarla y reformarla, acabaron manteniendo tanto el azulejo como las puertas existentes. Es uno de sus rincones favoritos por la conexión con el jardín.



«Al principio intentamos que cada uno se encargara de diseñar un espacio, pero fue imposible». Daniela Franceschini



En la entrada, aparador años 50 de René Gabriel y espejo de los 40 de Pierre Dariel. A la izda., silla de madera torneada del XIX y, a la dcha, columna dorada de terracota años 70.

Dormitorio principal con dos obras de José Canudo y consola de marquetería de ratán, de *Barracuda Edition*. Sobre ellla, candelabro de cerámica comprado en México, un favorito de la pareja. Izda., butaca estilo *Arts and Crafts*.







En el baño, aparador de los años 20, lámpara de alabastro de los 50 y sobre la bañera, espejo de bambú falso de los años 20. A la izda., colección de espejos entre el siglo XIX y los años 60, comprados en Francia, España y Portugal. Debajo, retrato de Alexandre y Daniela.



Para un interiorista, decorar su propia casa no tiene nada que ver con hacerlo para otro cliente. Pues bien, aquí no viven uno, sino dos diseñadores. Esta romántica vivienda en el barrio de Estrela, Lisboa, es la carta de amor que se escriben Daniela Franceschini y Alexandre Neimann entre muebles salidos de un cuento, pasión por los detalles únicos y la constante búsqueda del cambio. Como si de una obra efímera se tratase, los dueños no pueden evitar transformarla constantemente, pero siempre con la magia que los caracteriza: un espacio casi fantástico, a medio camino entre casa de campo y oasis urbano de sosiego. Daniela y Alexandre, diseñadores e interioristas con sus marcas *Quiet Studios* y *Barracuda Interiors*, respectivamente, llevaban muy pocos meses de relación cuando se toparon con su casa actual. "No teníamos ninguna prisa en mudarnos juntos, pero si encontrábamos una casa con bañera, jardín y chimenea, no la íbamos a dejar escapar. El caso es que esas condiciones se cumplieron en la primera visita", recuerda Daniela. La vivienda es ochentera total, y la pareja ha mantenido prácticamente todos los elementos originales como puertas, arcos o la chimenea. Eso sí, uno de los caprichos de aquellos años 80 es el techo que se encontraron en tono madera, "haciendo que el salón pareciera un sándwich entre el suelo de parquet y el techo", así que acabó pintado en el luminoso blanco del que ahora presume. Sobre este lienzo tan particular, ambos colocan sus piezas y recuerdos sin ninguna inspiración en concreto. "No es como una composición para un cliente –explica Alexandre–. Si algo me enamora a mí, va a mi galería. Si le cautiva a Daniela, se lo lleva ella. Pero si nos fascina a los dos, tendrá un hueco en casa". Tras la cortina que divide visualmente la entrada del salón, la chimenea se convierte en la reina del lugar. "Queríamos crear una atmósfera acogedora para poder pasar las tardes de invierno como más nos gusta: escuchando música, charlando o leyendo libros", cuenta la pareja. Aunque sin duda alguna, el espacio que mejor define la irregularidad, la fantasía y esa sensación rural es la cocina: muebles de obra, azulejos tradicionales y un diseño tan único como desigual. Si en algún lado debe terminar esta carta de amor es en el encantador jardín, el rincón preferido de los dos. A Daniela, lo que más le gusta del trabajo de Alexandre es la maestría con la que compone los espacios. "Escoge piezas que tienen siempre un enorme carácter por separado y que yo no me atrevería a juntar, pero él sabe cómo hacerlo", confiesa. Alexandre, por su parte, ama la atmósfera que Daniela crea en sus proyectos, cuya última obra terminada es el nuevo hotel *The Rebello* en Oporto. "Hay muchos interioristas haciendo composiciones preciosas con objetos increíbles, pero a veces esos espacios no invitan a tirarse en el sofá y pasar un buen rato. Ella los dota de alma". Ese alma del que habla Alexandre está impregnado en cada planta, cuadro, mueble y pared de su casa: una obra en eterno cambio. quietstudios.com / barracuda-interiors.com



En el cuarto de invitados, espejo modernista de los años 20, mesa alentejana de madera y lámpara *Appolo* de *Quiet Studios*. Arriba, el jardín con un gran jarrón portugués. En la otra página, la pareja en la fachada interior.

